

Un santuario hecho a pedazos

Jorge Mario Montoya Barrera
Filósofo de la Universidad de Antioquia
Fundación Ratón de Biblioteca
Tallerista Carolina Campuzano Baena

Ese día, un 28 de octubre de 1998, madrugué al colegio como de costumbre; sin embargo, fue muy distinto a cualquier día de la rutina escolar, empezando porque fui elegido para tocar la campana que anunciaba el tan esperado descanso. Todos en mi grupo esperábamos ese premio. Toqué la campana rápido: una, dos tres, cuatro veces: *tilín, tilín, tilín, tilín*. Aunque no se trataba de helado, yo anunciaba que saldríamos por fin a recreo.

Cuando anuncié los campanazos nadie se imaginó que, por muchos años, este día sería verdaderamente especial e inclusive reviviría nuestra historia como comunidad.

Tan cerca

Recuerdo mi salón, pequeñísimo para tantos queriendo estudiar a la vez, pues en el Colegio Parroquial Emaús contábamos con unas pocas aulas y un intento de biblioteca; todo el colegio, todo, iba siempre a las eucaristías programadas y muchos de los actos cívicos, reuniones escolares, reinados e inclusive pequeñas obras de teatro, fueron desarrolladas en la iglesia, pues comprendíamos que este espacio santo que habitábamos era parte de la estructura misma de nuestro colegio.

Ese día de octubre, luego de entrar del recreo, el colegio parecía tranquilo y todo era normal, la profe tomó su tiza y siguió con los ejercicios para la clase. Cuando por fin obtuvo el silencio que parece imposible de lograr en una clase de colegio, la calma fue estruendosamente interrumpida.

Los que estábamos más cercanos a la iglesia sentimos un estruendo tan fuerte que nadie quiso seguir concentrado en los cuadernos, es más, un grupito armó un tumulto en toda la entrada y aunque el coordinador comenzó a correr por todos los salones diciendo que nadie, absolutamente nadie podía salir de las aulas, la inquietud que generaba el estruendo pudo más que la norma y fue así como unos cuantos logramos salir y luego comunicar a los demás lo que estábamos viendo, pues unos cuantos, por nuestra estatura, pudimos mirar cómo el muro principal de la iglesia se derrumbaba y con él caía también gran parte de todo el templo.

Cuando llegaron los medios de comunicación, varios, impulsados por su vocación periodística, ya habían averiguado lo que pasaba. La noticia verdadera de este día fue una señora que, llorando, trataba de explicar cómo en la iglesia todo estaba destruido, exceptuando la imagen principal de la virgen de Guadalupe.

Recuerdo el afán de mis compañeros por aparecer ese día en el noticiero, por estar cerca del presentador que anunciaba lo sucedido para poder salir por la televisión en la noche. También recuerdo que ese día, aunque no hubo una tragedia mortal, casi todo el templo estaba bajo escombros, las bancas partidas, el techo y el muro principal destrozados.

Aunque nosotros sentimos cómo con la iglesia también caía parte de nuestro colegio y parte de nuestra propia vida, algunos voluntarios quisieron ver de nuevo en pie lo que sería la primera parroquia construida en nuestro barrio. Y así, muchos años después, superada la tragedia, vimos cómo paulatinamente volvieron a levantarse el templo y el colegio.

Actualmente, la iglesia es el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe y la comunidad está en deuda con aquellos que, con su vitalidad y ejemplo, hicieron realidad la ilusión de contar con una parroquia santuario y un colegio parroquial, ejemplo para toda su comunidad.